

Santo subito!

El pontificado de Juan Pablo II se ha caracterizado por haber elevado a los altares, como beatos o santos, a un número sin par en la historia de la Iglesia de los últimos siglos. Tuvo la intuición de que el siglo XX ha sido un siglo de santos. Era necesario ponerlo en evidencia ante fenómenos como la secularización y el materialismo que iban carcomiendo la sociedad de los últimos decenios. Comprendió profundamente también que las nuevas generaciones requerían modelos del tiempo actual, modelos de todos los estados de vida, modelos de todas las edades, modelos de todos los continentes. Introdujo por ello en el álbum de los santos niños y jóvenes, adultos y ancianos, laicos y consagrados, solteros y casados. La Iglesia sin duda se ha enriquecido con una santidad reciente, fresca, que no está todavía cubierta por la pátina de los siglos. Este ha sido y continúa siendo un gran don de Juan Pablo II a la Iglesia.

Del deseo a la realidad

Juan Pablo II no sólo proclamó a numerosos santos y beatos, sino que vivió la santidad, fue un hombre santo. La Iglesia lo ha reconocido, de modo solemne y multitudinario, el 1 de mayo del 2011, introduciéndolo en el álbum de los beatos. De esa manera, la Iglesia públicamente ha respondido a lo que ya en el día de su funeral en la plaza de san Pedro, 6 años antes, aparecía escrito en algunas pancartas enarboladas por la gente, y coreaban miles y miles de voces al final del rito fúnebre. *Santo subito!* (¡Santo inmediatamente!).

¿Cómo se ha llegado en tan poco tiempo a esa proclamación? El proceso ha seguido todos los pasos del itinerario establecido por la Iglesia, a excepción del tiempo regular (cinco años) para que se introdujera su causa y se iniciara la investigación diocesana. En efecto, el papa Benedicto XVI acogió con gusto, el 9 de mayo del 2005, la petición de dispensa, presentada por el Vicario de Roma, el cardenal Camilo Ruini, y el mismo papa dio la noticia al clero romano en la basílica de san Juan de Letrán, cuatro días después.

Como escribe el cardenal Angelo Amato, actual prefecto de la Congregación para las causas de los santos, (el itinerario) ha tenido un desarrollo rápido, pero realizado con sumo esmero y profesionalidad (ORE no. 15 (2011), 6). El vicariato romano tuvo ante todo que verificar y certificar la existencia de la fama de santidad, o sea la pureza y la integridad de la vida y doctrina del papa difunto, junto con las virtudes que practicó en grado heroico. Se certificaron además las gracias y favores recibidos de Dios mediante la intercesión de Juan Pablo II. Se pudo constatar que la fama de santidad era algo espontáneo y generalizado entre personas dignas de fe y estaba presente en gran parte del pueblo de Dios. Brillan así las dos dimensiones que constituyen la fama de santidad: la que procede de abajo, es decir, de la convicción que los fieles tienen de que sus virtudes fueron extraordinarias; y la que proviene de arriba, que consiste en la gracia de Dios y que hace posible el ejercicio heroico de las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad (ORE no. 15 (2011),7).

La fama de santidad y de signos fue avalada por un gran número de testigos oculares, por la veneración de su tumba (basta ver la fila de fieles que cada día acudía en peregrinación a su tumba en las Grutas Vaticanas), por las invocaciones y oraciones dirigidas por los fieles a él, por los miles de favores y gracias recibidas por su intercesión, y sobre todo por auténticos hechos extraordinarios, que constituyen un testimonio y una confirmación de lo alto de esa fama. La postulación para la beatificación de Juan Pablo II presentó el caso de la curación de sor Marie Simon Pierre Normand, religiosa francesa nacida en 1961, que sufría de parkinson avanzado en la mano izquierda. Como ella misma contó en la vigilia de oración del 30 de abril 2011, a las seis de la mañana, salí para unirme a mis hermanas en la capilla para un tiempo de oración seguido de la Eucaristía. Tuve que recorrer cerca de cincuenta metros y en ese trayecto me di cuenta de que mi brazo izquierdo se balanceaba al avanzar, contrariamente a lo acostumbrado, en que quedaba inmóvil a lo largo de mi cuerpo. También noté en todo mi cuerpo una ligereza, una flexibilidad que no tenía desde hacía mucho tiempo. Durante esa Eucaristía me embargaba una gran alegría y una gran paz. Era el 3 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. A la salida de la misa, estaba convencida de que había quedado curada. . . mi mano ya no temblaba absolutamente nada. Empecé a escribir de nuevo y a mediodía interrumpí de forma terminante todos mis medicamentos.

El examen de las virtudes concluyó el 19 de diciembre del 2009 y Benedicto XVI autorizó promulgar el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes. Desde ese momento Juan Pablo II fue declarado venerable. Respecto al mi-

lagro, después del meticuloso examen científico de ese hecho y tras constatar que la invocación unívoca al siervo de Dios había precedido a la curación repentina y duradera de la religiosa, el Santo Padre Benedicto XVI autorizó a la Congregación para las causas de los santos a promulgar el decreto sobre el milagro, el 14 de enero de 2011... Ese mismo día se comunicó la fecha de la solemne beatificación, el 1 de mayo de 2011, en la plaza de san Pedro (ORE no. 15,7).

Del final de la vida al inicio de una gloria imperecedera

Los últimos minutos de la vida de Juan Pablo II han sido referidos por Konrad Krajewski, oficial de las celebraciones litúrgicas pontificias. Estábamos de rodillas en torno al lecho de Juan Pablo II. El papa yacía en la penumbra. La luz discreta de la lámpara iluminaba la pared, pero él era bien visible. Cuando llegó el momento del que, pocos instantes después, todo el mundo iba a tener noticia, de improviso el arzobispo Dziwisz se levantó. Encendió la luz de la habitación, interrumpiendo así el silencio de la muerte de Juan Pablo II. Con voz conmovida, pero sorprendentemente firme, con el típico acento montañés, alargando una de las sílabas, comenzó a cantar: *Te Deum laudamus, Te Dominum confitemur* (A ti, Dios alabamos, a ti confesamos Señor). Parecía un trueno procedente del cielo. Todos mirábamos admirados a don Estanislao. Pero la luz encendida y el canto de las palabras que seguían: *Te, aeterne Pater, omnis terra veneratur...* (A ti te adora, eterno Padre, toda la tierra...), daban certeza a cada uno de nosotros. Bueno —pensábamos—, nos encontramos en una realidad totalmente diversa. Juan Pablo II ha muerto. Quiere decir que vive para siempre. Aunque el corazón sollozaba y el llanto oprímía la garganta, seguimos cantando. A cada palabra nuestra voz se volvía más segura y más fuerte. El canto proclamaba: *Tu, devicto mortis aculeo, aperuisti credentibus regna coelorum* (Vencedor de la muerte, has abierto a los creyentes el reino de los cielos). Así, con el himno del ‘*Te Deum*’ glorificamos a Dios, bien visible y reconocible en la persona del papa. (ORE no. 14 (2011). 11).

Quando muere un santo, hay llanto pero no tristeza. El llanto oprímía la garganta, pero seguimos cantando, escribe don Krajewski. Esa es la bella realidad de la muerte que nos separa de un ser querido, pero que a la vez nos une todavía más a él, aunque de otra manera. Esa es la bella realidad de la muerte de Juan Pablo II. Cuando la noticia de la muerte se hizo pública y llegó, en pocas horas, al mundo entero, parecía como si ese mundo tan ajetreado y vertiginoso, se hubiese parado. En la plaza de san Pedro y sus alre-

dedores, en las casas de tantas familias del orbe entero, la gente se había arrodillado y había llorado. Pero estaba alegre, intuía que algo grande había acontecido y que el mundo no olvidaría ese momento porque el viento del Espíritu nos traía el perfume de una vida bella, vivida según el Evangelio. Las puertas de la eternidad se habían abierto para que Juan Pablo II recibiera el abrazo definitivo y eterno del Padre.

Han pasado algo más de seis años desde ese momento dramático y glorioso. Ha llegado el momento esperado de la proclamación de Juan Pablo II como beato. Una multitud imponente, estimada en millón y medio de personas, presentes en la plaza de san Pedro, en la vía de la Conciliación, en las calles adyacentes y en varias plazas de la ciudad de Roma equipadas con megapantallas para seguir el rito litúrgico, acogió emocionada esta proclamación de Benedicto XVI. Cuando el Santo Padre proclamó: ¡Juan Pablo II es beato!, resonaron, durante cerca de diez minutos, los aplausos de la multitud; una multitud que representaba idealmente a toda la Iglesia, casi diría a la humanidad entera.

Ello aconteció en la santa misa de beatificación de Karol Wojtyła, la mañana del 1 de mayo, segundo domingo de Pascua, o de la Divina Misericordia. En el atrio de la basílica, al lado derecho, se encontraban los 130 cardenales concelebrantes, y detrás los obispos. Al lado izquierdo, se situaron las delegaciones de 87 países. Antes de comenzar la liturgia, se leyeron, en varias lenguas, pasajes de algunas homilías de Juan Pablo II, dedicadas a la Divina Misericordia. Llevaron hasta el papa la reliquia del nuevo beato, una ampolleta con su sangre, sor Marie Simon Pierre Normand, la religiosa francesa curada milagrosamente de la enfermedad de Parkinson por intercesión de Juan Pablo II, y sor Tobiana Lycina Sobótka, una de las religiosas que atendían a Karol Wojtyła, papa, en su apartamento. Un cerrado y explosivo aplauso de la multitud acompañó, a continuación, el desvelamiento de la imagen del nuevo beato, reproducida en el tapiz colgado del balcón central de la basílica.

Terminada la ceremonia, Benedicto XVI se dirigió al interior de la basílica vaticana para orar ante los restos mortales de su predecesor, ahora beato. El féretro se había colocado ante el altar de la Confesión, y estaba escoltado por cuatro guardias suizos y dos gendarmes, en uniforme de gala. Después del Santo Padre, desfilaron los cardenales, obispos y delegados de los estados para orar y honrar al nuevo beato. Más tarde, una larga cola de peregrinos esperaba a lo largo de la plaza de san Pedro y de la vía de la Conciliación para entrar en la basílica vaticana y rendir homenaje de agradecimiento y oración al papa proclamado beato pocas horas antes. El dos de mayo por la tarde,

después del cierre de la basílica, se procedió a colocar el féretro de madera con los restos mortales del nuevo beato bajo el altar de la capilla de san Sebastián en la basílica vaticana. En una lápida de mármol blanco, que cierra el espacio bajo el altar, se lee la inscripción *Beatus Ioannes Paulus PP. II*. El acto jurídico de la traslación estuvo a cargo de la Congregación para las causas de los santos.

Los tres días de celebraciones por la beatificación de Juan Pablo II concluyeron, el lunes 2 de mayo por la mañana, con la misa de acción de gracias que presidió, en la plaza de san Pedro, el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado. Al comenzar la acción litúrgica, el cardenal Dziwisz, actualmente arzobispo de Cracovia y secretario particular de Juan Pablo II ya desde antes de su pontificado, pronunció un saludo en el que, entre otras cosas, afirmaba: El don es demasiado grande para expresar lo que siente toda la Iglesia, para expresar lo que siente nuestro corazón. Como testigo de la vida de cada día de Juan Pablo II, expreso un agradecimiento especial a Italia por la simpatía con que acogió a este papa venido de lejos (ORE no. 19, 9). El cardenal Bertone, en su homilía, después de haber indicado algunas de las virtudes del Beato, daba las gracias a Dios por habernos dado un testigo como él, tan creíble, tan transparente, que nos ha enseñado cómo se debe vivir la fe y defender los valores cristianos, comenzando por la vida, sin complejos, sin miedos, por habernos dado un guía como él, por habernos dado un papa que supo dar a la Iglesia católica no sólo una proyección universal y una autoridad moral a nivel mundial... sino también... una visión más espiritual, más bíblica, más centrada en la Palabra de Dios, por habernos dado un santo como él, (en quien) eran coherentes su humanidad, su palabra y su vida (ORE no. 19, 9).

La peregrinación a la tumba del papa no ha cesado en estos seis años. Cada día son depositados sobre su tumba, como pétalos perfumados, numerosos mensajes escritos de personas de todas las latitudes. En ellos abren el corazón al papa, y le expresan una esperanza o una súplica. Transcribo algunos de esos mensajes:

Te doy gracias por haberme convertido (un padre de familia); Ayúdame a vivir mi amor con dulce pureza y verdad (una joven); concédeme ser bueno, santo Padre. Dame un poco de alegría, que tanto deseo. Bendíceme: tú sabes quién soy y qué deseo, porque tú eres un santo (anónimo); has dado todo a la Iglesia, nos has abierto los caminos del nuevo siglo. ¿Cómo no amarte? (una joven); no pasará mucho tiempo y nos encontraremos en Cristo. Te confío mi hija adoptiva, mi yerno y mis nietos, para que puedan crecer en bondad,

esperanza y caridad (un abuelo), y finalmente un sacerdote ha escrito: Te pido la gracia de mi conversión continua. Que mi corazón arda siempre por el único amor por el que vale la pena vivir: Jesucristo (cf Angelo Comastri, *Giovanni Paolo II. Nel cuore del mondo*, 73-78).

La heroicidad de las virtudes

¿Cuáles son las virtudes que el postulador de la causa, monseñor Slavomir Oder, ha señalado como especialmente vividas con heroicidad por el beato Juan Pablo II? Conocerlas es algo importante porque la Iglesia, cuando beatifica o canoniza a un ser humano, lo presenta al pueblo de Dios como modelo de las virtudes en que tal persona sobresalió durante su vida. Tengamos en cuenta también que una virtud puede ser vivida heroicamente sea por la dificultad objetiva en practicarla, sea por la dificultad subjetiva de quien la vive, sea finalmente por la constancia en practicarla día tras día, sin cansancio, a lo largo de toda la vida.

Karol Wojtyła ha sido un hombre que ha vivido heroicamente las virtudes teologales, sembradas en su espíritu desde la recepción del bautismo. Quien recorre los hitos de su vida advierte cómo la fe ha sido la lámpara que ha guiado sus pasos.

Fue la fe, sostenida y acrecentada por la oración, la que le condujo a discernir su vocación sacerdotal y dar el paso decididamente, por lo que tuvo que dejar a un lado una joven a la que amaba, una carrera artística, un futuro prometedor. Fue la fe, la propia y la de su pueblo, la que le llevó a enfrentarse con las autoridades comunistas de su país para defender los derechos de los ciudadanos y de los católicos. Fue la fe la que, en momentos tan difíciles para la Iglesia y para el mundo, le movió a aceptar la elección a sucesor de Pedro. Fue la fe la que iluminó todo su ministerio petrino y, de modo particular, sus últimos años de sufrimiento y de enfermedad hasta el momento de su muerte.

Wojtyła vivió profundamente la esperanza, la confianza en Dios y en los hombres. Dios le fue privando, poco a poco, de los seres más queridos, de las aspiraciones humanas de su juventud, de las libertades más connaturales al ser humano, de su tierra, de su figura atlética y juvenil, de su misma salud; todo esto hizo crecer en él más y más una confianza inquebrantable en el Señor de la historia y de la vida humana, y, sobre esa confianza, lanzarse vigorosamente hacia adelante al cumplimiento de una misión que le había sido trazada por el mismo Dios. De la absoluta confianza en Dios manaba, como

de una fuente inagotable, su confianza en el hombre, en todos los hombres. Porque confiaba en el hombre pudo edificar los largos años de su pontificado sobre la homilía programática pronunciada al inicio de su servicio a la Iglesia universal y al mundo: ¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo El lo conoce!.

Wojtyła fue un cantor extraordinario del amor auténtico, del amor cristiano, del amor a Dios y al prójimo, a toda la creación. En su primera encíclica, *Redemptor hominis*, escribirá: El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente (n. 10). Es Dios mismo, es Jesucristo, rostro visible del Dios invisible, quien revela el hombre al mismo hombre, y por ello le revela el amor. Se lo revela a través de la divina misericordia, pues esta revelación del amor es definida también misericordia (Cf. Santo Tomás, *Summa Theol.* III, q. 46, a. 1 ad 3), y tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo (RH no. 9).

El amor del hombre se orienta primeramente hacia Dios y, desde la fuente misma del Amor, riega de amor a todos los hombres (y a todas las creaturas). San Agustín lo dirá bellamente: Con un mismo amor de caridad amamos a Dios y al prójimo; a Dios por sí mismo, mientras que a nosotros y al prójimo por Dios (*De Trinitate*, 8, 8, 12). Serían insuficientes cientos de páginas para exponer esta definición de Dios y esta dimensión del ser humano en el pensamiento y en la vida de Karol Wojtyła. Él enseñó a los jóvenes a amar de verdad, y a todos a amar la verdad. Él dedicó su pontificado a revelarnos el amor de Dios al hombre, el amor de la Iglesia y del papa al hombre, el amor del hombre a sus hermanos, en un momento histórico en que no el amor, sino la fuerza y las armas tenían la última palabra en el correr de los acontecimientos y de la historia. Tuvo la osadía de proclamar, en el concierto de las naciones, que no puede ser el odio y la fuerza, la mentira y la injusticia los móviles de la historia, cuanto más bien la justicia, la verdad y la caridad.

Conclusión

A partir sobre todo del gran jubileo del año 2000, el papa Wojtyła nos invitó a mirar hacia adelante y a hacerlo con optimismo y esperanza. *Duc in altum!*

Esta palabra resuena también hoy para nosotros y nos invita a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro: « Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre » (*Hb* 13,8) (*NMI*, no. 1). Con la mirada puesta en el futuro, el papa terminaba su carta apostólica con estas palabras: Después del entusiasmo jubilar ya no volvemos a un anodino día a día. Al contrario, si nuestra peregrinación ha sido auténtica debe como desentumecer nuestras piernas para el camino que nos espera. Tenemos que imitar la intrepidez del apóstol Pablo: « Lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto, en Cristo Jesús » (*Filp* 13,14). Al mismo tiempo, hemos de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazareth meditando en su corazón el misterio del Hijo (cf. *Lc* 2,51) (*NMI*, no. 59). Ahora, después de su beatificación, desde el cielo nos sigue alentando para que todos los cristianos contribuyamos, de un modo decisivo, a construir la civilización de la verdad, de la justicia y del amor.

* Este editorial ha sido redactado por Antonio Izquierdo L.C., director de Ecclesia.